

Víctor Ruiz Iriarte

Champagne

Cualquier encumbrado, para seguir deslumbrándonos a los demás con las luminarias de su imperio, necesita rodearse del estímulo de su propia teatralidad. En escasos momentos, el hombre se eleva merced a sus cualidades. Así sería, si la masa fuese lo suficientemente culta para adorar al dios por dios y juzgar al vulgar por su vulgaridad. Pero ellos saben que a las gentes hay que subyugarlas más con lo externo que con lo íntimo. Hay que satisfacer su vista antes que estremer su sensibilidad. Es necesario provocar el halago externo en lugar de procurar llenar el vacío que engendra la incomprensión. Y el hombre, elevado con la inconsciencia de todos, ha de seguir manteniendo en llama viva el ambiente de relumbrón que le rodea. De lo contrario, flota entre nosotros ambiguamente, descentrado: como marioneta que huyera de su «Guignol». A veces hay que endulzar la atmósfera para hacernos olvidar la causa del amargor. Al descubrir el mito, la gente se siente defraudada...

No hace mucho, Dollfuss fue a entrevistarse en misión diplomática con el Duce italiano. Encontró a Mussolini bañándose en una playa mediterránea. Y allí mismo, en una lancha playera, se verificó la conversación tan resonante para los países representados en los dos hombres políticos. Pero... he aquí la desilusión que nos domina: hemos visto a Mussolini riendo alegremente con Dollfuss... y en traje de baño; despojado de su habitual gesto de emperador del siglo XX; sin su eterna camisa negra. Y hemos pensado, ante la fotografía, que Mussolini no es este Mussolini que ríe y se baña como un vulgar veraneante. Quizá sea más sincero que cuando dirige su palabra sonora a las huestes fascistas. Pero irremediablemente: es menos teatral. Y es él el culpable de que creamos sincera la mentira y tomemos como una farsa su sinceridad...

* * *

En Francia se va a elevar un monumento a la perdurable gloria de Monsieur Aristides Briand. Todo lo merece la memoria de un hombre que vivió en constante lucha íntima para lograr una promesa de paz entre sus semejantes. El rostro venerable del gran político francés se eternizará a través de innúmeras generaciones fielmente estampado en la frialdad marmórea de un bloque de piedra. Mañana, cuando el olvido traidor, propio de cerebros racionales, haya borrado las huellas de su vida, siempre habrá una madre que mire con respeto al apóstol pacificador, al tiempo que deslice en los oídos del hijo unas palabras:

—Mira: este hombre no quiso que vosotros fuerais a la guerra...

Justo tributo de un pueblo agradecido es el homenaje a un hombre que lo glorificó. El espíritu de Briand vivirá triunfante entre los resplandores de su obra. La gloria le ha nombrado hijo predilecto y no le abandona. Es el propio merecimiento quien ostenta orgulloso la nombradía. No es el relumbrón de un fuego fatuo, tímidamente resplandeciente... La verdad, sola se basta para destruir una fácil mentira.

Y en Madrid se ha de construir otro monumento. Ni es a un pacifista, ni a un escritor sublime; es a los hermanos Álvarez Quintero.

Inconscientemente, es necesidad en el hombre la comparación. En ocasiones es el único medio de lograr un árbitro que dilucide nuestras dudas. Y a veces es temible. Porque es tan fuerte

la sugestión de repulsa, que nos acarrea lo inmerecido, que caemos en la crueldad de mirar con igual desdén a lo merecido...

* * *

Una ilustre personalidad inglesa ha pisado hace unos días nuestro suelo. Dicen que se ha llevado una impresión desconsoladora de nuestro país.

Su exclamación ha sido rotunda:

—¡España es un pueblo que no lee!...

Y es la mejor crítica que puede hacerse a una nación que se sostiene sobre la base de una falsa cultura. En España no se lee. Tal vez consista en que se vive mucho; demasiado deprisa. Y vivir febrilmente exige del hombre el sacrificio de consagrar su existencia entera a la vida. No reconocemos el justo medio. Leer, es la mejor crítica que podemos hallar a nuestros sentimientos y a nuestras vidas. Pero hay un prejuicio íntimo: la vanidad soberbia que inutiliza el ansia de rectificar y el temor de someternos a nuestros propios juicios.

* * *

No sirve buscar disculpas a la maldad ajena. El íntimo egoísmo de querer hacer nobles las acciones de los demás es insuficiente para la parcialidad de nuestra apreciación. Hay delitos en que la piedad, en lugar de empequeñecerlos, los agranda con el aroma de la misma comparación. La víctima se yergue altanera para hacer más culpable al reo. Y nosotros somos incapaces de hallar lenitivos que alivien la conciencia de los demás y nuestras propias meditaciones...

¿Cómo hemos de compadecer a esa madre –farsante de la maternidad– que asesinó a Hildegart?¹

¿Cómo ha de inspirar piedad ese monstruo, en la figura de mujer, que envenena a su padre e intenta hacer lo mismo con la madre?

Nerón no fue más cruel que ellas dos al rasgar el vientre de Agripina.

* * *

Parece que la Humanidad no puede subsistir si no se crea un motivo que arrastre a la discusión. Lógicamente, nuestra marcha debe ser de progreso; pero hay avances que insensiblemente llevan engendrados un lastimoso retroceso a otras épocas y otras costumbres.

En la provincia de Pontevedra ha sido encontrado un adicto al desnudismo en un estado lamentable: atrozmente golpeado su cuerpo al descubierto. Se supone que sufrió malos tratos de unos aldeanos que le sorprendieron cuando alegremente mostraba prácticamente su amor a la Naturaleza. Yo creí el desnudismo como uno de tantos proyectos sofisticos que atormentan la imaginación calenturienta de algunos exaltados; exaltados, no por convencimiento sino por el afán de exotismo. Pero el absurdo va en busca del límite de lo peligroso. Con casi todos los tópicos suele ocurrir lo mismo. La leyenda se acepta por superstición. La mentira que forjamos nosotros para que los demás la crean, acabamos por crearla verdad nosotros antes que ellos...

Un notable escritor traza una crónica comentando humorísticamente el suceso de Pontevedra. Ya he sentido un poco de lástima al leer el suceso, por su protagonista. Y luego, al leer la crónica, por el escritor.

1 **Hildegart** (Madrid, 9 de diciembre de 1914, † 9 de junio de 1933 en Madrid) fue una niña prodigio, concebida por su madre como modelo de mujer del futuro. A los tres años ya escribía, y a los ocho hablaba seis idiomas. Terminó los estudios de Derecho a los 17 años y fue una miembro muy activa del PSOE y después del Partido Federal. Cuando comenzaba a ser conocida internacionalmente y ante el intento de alejarse del proyecto vital que le tenía reservado, su madre, mientras dormía, le disparó cuatro tiros y la mató.